

BETANZOS, COMO CIUDAD

José Antonio Fernández de Rota y Monter
Catedrático de Antropoloxía
Universidade da Coruña

Nuestro paso por la vieja ciudad de Betanzos nos brinda una multitud de posibles consideraciones en el marco de estas Aulas en el Camino. Muchos son los intereses que Betanzos suscita para una inquieta mirada antropológica. Entre todos ellos quiero destacar precisamente la ciudadanía de Betanzos como una característica digna de ser analizada. Por supuesto el título de ciudad en sus orígenes no se corresponde con las inquietudes que la definición de ciudad despierta en los estudiosos de las Ciencias Sociales. Otros eran los motivos por los que Enrique IV decide dar a Betanzos el honorífico título de ciudad. Betanzos no sólo sigue siendo ciudad en la Edad Moderna sino que además se convierte en una de las siete capitales de provincia en la Administración Territorial de Justicia de aquella época. En el siglo XIX la nueva configuración provincial española deja a Betanzos convertido en un «pueblo» de la provincia de La Coruña. En el momento actual, todo el mundo tiene conciencia de una u otra forma de que Betanzos tiene el título honorífico de ciudad y el que más o el que menos ha oído la referencia histórico-mítica de que ha sido capital en el antiguo Reino de Galicia. Muchos betanceiros piensan o imaginan que la capital de todo el antiguo Reino de Galicia. Sin embargo muchos son los que de una forma espontánea utilizan el denominativo de «vila» para hablar de Betanzos o de su núcleo urbano principal. En muchas ocasiones la gente utilizará espontáneamente el

término de «pueblo». Incluso en una de las dos estaciones de ferrocarril, la más cercana al casco urbano, se puso la denominación de «Betanzos, pueblo», aunque esta denominación ha sido corregida hace no mucho.

Para el visitante de Betanzos que tiene claro cual es la Capital de la provincia y que se hace una idea aproximada del tamaño actual de la población, lo más probable es que piense que llega a un pueblo. Si alguien le indica que Betanzos es ciudad insinuará normalmente una sonrisa, pensará que hay pueblos de abolengo histórico que paradójicamente son llamados ciudades. Al recorrer sus monumentos y calles y admirar su riqueza histórica, pensará tal vez que debió de ser en tiempos una ciudad relativamente importante.

Valga hasta aquí este juego de disgresiones sobre el uso de los términos de ciudad, vila y pueblo, aplicados en concreto al caso de Betanzos. La ambigüedad, la indecisión de los que hablan nos hace sentirnos especialmente a gusto con el dilema a los que no creemos en rígidas clasificaciones dicotómicas. Las distinciones rural, urbano; pueblo, ciudad; aldea, vila, etc. son clasificaciones, formas de estructurar y ordenar mentalmente nuestros mapas simbólicos que difícilmente se someten a claras definiciones. Los antropólogos tendemos a solventar el problema, traspasándolo al punto de vista de aquellos que nosotros estudiamos. Podemos plantear así que ellos, los que nosotros estudiamos, distienden su imaginación y conceptualización entre lo rural y lo urbano o que se sienten pertenecientes al mundo rural o al mundo urbano.

Pero diríamos que la polémica actual sobre el tema en estudios urbanos y planteado en todo caso con claridad en el marco de la Antropología Urbana, se adentra en otros problemas más radicales y profundos. Sea ciudad o pueblo (en español), city, town o village (en inglés) o pueblo, vila o aldea (en una clasificación frecuente en Galicia), es una pregunta más radical el si realmente una población puede ser definida como una unidad identitaria. Este problema de la identidad de una población y de cómo se constituye el convencimiento de su identidad es el tema que aquí me preocupa. ¿Qué es lo que hace que tenga un significado para la gente de la ciudad el *ser* de la ciudad? ¿Influye en la manera de vivir y actuar de la gente el *ser* de la ciudad?

Evidentemente el ser de una ciudad no se constituye sólo por el mero hecho de la cercanía espacial de las casas. Berlín durante mucho tiempo

no ha sido a pesar de ello una ciudad. En los últimos años la guerra de Bosnia-Herzegovina nos hizo pensar también que durante cierto tiempo Mostar no era una ciudad, aunque apareciesen sus casas agrupadas. La consistencia de una unidad identitaria no queda fundada tan sólo por la aparente solidez y permanencia de sus edificaciones agrupadas.

Si atendemos a la historia de Betanzos, la imagen de aparente estática de las construcciones urbanas cobra una evidente movilidad y dinamismo. En primer lugar, desde su fundación como burgo –probablemente en el siglo XII– Betanzos en un momento «trashumante» cambia de sitio. Al parecer se asentaba inicialmente junto a la iglesia de San Martiño de Tiobre, cerca de la aldea que se denomina aún hoy día «Betanzos o vello». A principios del siglo XIII se les concede a los habitantes del Burgo la explanada donde se asentará desde entonces el Campo de la Feria y el cerro contiguo entre los ríos Mandeo y Mendo sobre el que existió el antiguo castro de Uncta, lugar adecuado para construir una pequeña acrópolis militar. Betanzos así cambia de emplazamiento.

Pero aunque a partir de ese momento se mantenga allí la población, la historia resumida de cerca de ocho siglos nos habla de continuas transformaciones. Podemos utilizar la gráfica sugerencia de Aldo Rossi cuando nos hace imaginar una hipotética cámara cinematográfica que hubiese estado filmando durante la vida de una ciudad su apariencia externa. Si después acelerásemos la velocidad del paso de fotogramas en la proyección de la película –de forma semejante a como se hace con las flores en cinematografía botánica– tendríamos la impresión de una ciudad extraordinariamente móvil. Betanzos ha experimentado numerosos incendios voraces, de varios de los cuales tenemos al menos suficiente referencia. Las casas inicialmente eran sólo de madera lo que, unido a su hacinamiento y a la estrechura de las calles, hizo sin duda especialmente fácil el que algunos incendios redujesen casi la totalidad de la ciudad a cenizas. Por otra parte, las construcciones más duraderas: iglesias, puentes, murallas, edificios principales, sufrían también continuamente el paso del tiempo y el desgaste del uso. No pocos documentos en distintos momentos históricos, nos reflejan la imagen de numerosas edificaciones en ruinas o en grave situación de deterioro. Sobre los puentes de piedra semidesechos, se colocan tablones para permitir el paso de los carros. Iglesias o capillas se cierran al culto ante el peligro de derrumbamiento y una vez producido éste se tarda tiempo en volver a reconstruirlo.

En los tiempos de paz, se construyen casas sobre las murallas, la ciudad desborda las primitivas murallas y es necesario constuirir otras nuevas de mayor perímetro. La historia de ocho siglos, condensada en imágenes de algunos minutos, nos presentaría la ciudad como un ser vivo dotado de inquietud y fuerte dinamismo. Nada tan inconsistente y cambiante como sus «sólidos» edificios. Pobre permanencia para fundar una identidad.

Pero no es éste el único problema, si la ciudad es una unidad identitaria ¿cuáles son sus límites? ¿dónde empieza la ciudad y dónde empieza el campo? Indudablemente la dispersión tradicional del hábitat gallego hace especialmente difícil el poder marcar estas barreras. En determinados momentos las murallas constituyen una contundente delimitación. Por las noches o en los momentos de peligro, se cierran sus puertas. Cuando se abren, hay centinelas en ellas y se cobra peaje por el paso de determinadas mercancías. Pero como hemos visto las murallas son desbordadas y se edifica sobre ellas. En cualquier caso fuera de las murallas, pero dentro del límite de los ríos, se encuentra el barrio de pescadores y marineros de La Ribera. Al pasar los puentes, encontramos importantes barrios periféricos como «o Arrabalde da Ponte Vella» o el pequeño núcleo de casas y convento junto al puente de Las Cascas. Si estos arrabales pueden considerarse como barrios extramuros de la ciudad, también debe considerarse como barrio de la ciudad el pequeño barrio de agricultores de Fuente de Unta pegado a la muralla y dominando las huertas del Mandeo. Pero más aún, en torno a la explanada del Campo de la Feria se construyen edificios cada vez más importantes, por esa zona se expande la vieja ciudad en la Edad Moderna. Por último, queda cuando menos un barrio algo más alejado, ambiguo, pero indisolublemente unido a la ciudad, es el barrio de leprosos de la Magdalena separado por puente y marismas de la puerta de Puente Nuevo. Sitio marginal y señalado éste, donde en el siglo XIX se despedía o recibía a las personalidades provenientes de La Coruña, siendo considerado por tanto como una puerta simbólica de la ciudad. Si los límites de la ciudad hacia afuera, resultan difíciles de definir, la inclusión de este conjunto de barrios en la ciudad nos habla de su fragmentación interna, que llega hasta la misma ciudad amurallada dividida en dos parroquias.

Este conjunto heterogéneo de parroquias, barrios, arrabales y unidades identitarias menores configurará en el siglo XIX los límites comerciales de unas alcabalas que sustituyen el peaje de las puertas de las murallas. Su

situación en distintos puntos de las carreteras de entrada a la ciudad son del todo artificiales y marcan arbitrarias diferencias entre vecinos de dentro o fuera. La configuración decimonónica en municipios incluye en el de Betanzos una serie de parroquias rurales cuya situación de ambigüedad parece aumentar con su pertenencia al municipio.

Frente a unos límites extraordinariamente borrosos, que evocan niveles y gradaciones o incluso polaridades en vez de dicotomías, el centro de Betanzos aparece como elemento integrador fundamental. Es sin duda la centralidad mucho más que los límites la que parece dotar de sentido a la ciudad. El centro se configura en un eje formado por la plaza del ayuntamiento y el campo de la feria. El primero, como antiguo centro simbólico, el segundo como el foro fundamental lleno de vida y afluencia de gente donde se realiza la mayor parte de la vida comunitaria y convivencia vecinal de los betanceiros. A finales del siglo XIX y principios del XX los soportales, cantones y aceras, la fuente de Diana la Cazadora y el kiosko de la música configuraban los lugares de encuentro. Los momentos del paseo dominical o del paseo diario vespertino eran especialmente formalizados. Distintos grupos y jerarquías sociales tenían su lugar casi ritualizado en el paseo. La algarría y alegría de la conversación o la música del kiosko, combinada con el movimiento de los paseantes parecían convertir El Campo en un escenario de ballet. Síntesis social y simbólica de la ciudad, era El Campo la ciudad.

Nuestro análisis, ha partido de elementos externos, visuales como el asentamiento y las construcciones, pero ha ido caminando paulatinamente hacia el interior de los propios betanceiros. Es su manera de mirar, de hacer, de normativizar, de sentir, de vivir lo que más le interesa al antropólogo. Es el Betanzos interior, el Betanzos imaginado y comprendido desde dentro de la vida de los betanceiros lo que estamos buscando. Nuestra clasificación en barrios, límites y centralidad, se ha construido eminentemente a partir de la observación de lo que los betanceiros hacen, dicen que se debe hacer e interpretan que se está haciendo. Estamos empezando a ganar *insight*, haciendo *intrahistoria*. Evidentemente una vez que queremos ver desde dentro, la atención antropológica a lo social nos exige tratar de ver desde la perspectiva de distintos grupos sociales. En algunos de mis trabajos¹, he aludido al

¹ Ver «Espacio y vida en la ciudad gallega».

tono despectivo con que un betanceiro, ante uno de los monumentos artísticos más destacados y significativos, me decía que «Betanzos no ha sido nunca ni es nada... es sólo un pueblo de caciques». Evidentemente la centralidad expresada gráficamente en la contemplación de la bulliciosa explanada del Campo no es defendida con la misma intensidad por todos los betanceiros. La clase política, los comerciantes, las «buenas familias», los profesionales, funcionarios y estudiosos tienen distintas formas de interesarse porque Betanzos sea ciudad. En conjunto, constituyen grupos especialmente interesados en defender la betanceidaz. Más heterogénea, ambigua y complicada puede ser la respuesta que nos den agricultores, albañiles, obreros de distintas empresas.

Pero de una u otra forma con reticencias o ambigüedades hay sin duda un denso sentimiento de pertenencia a Betanzos, una fuerte sensación de presencia de la identidad de Betanzos. Uno de los grandes desafíos para la explicación antropológica es el poder explicar cómo tantos «noes» de la dialéctica conflictiva de toda sociedad, pueden llegar a hacer un «sí» colectivo. Para ello hace falta de una u otra manera, un juego de normas sociales y de valores compartidos. Muchos de ellos sin duda vienen formulados por el mero hecho de pertenecer al estado español y de que éste se encuentre inmerso en las directrices que emanan de una globalización cultural cada vez más panhumana. Pero también encontramos la adaptación de normas y valores a lo local y concreto.

Indudablemente un elemento fundamental en la constitución de la identidad colectiva es su contraste con el exterior. La identidad es eminentemente relativa. Podíamos de alguna forma decir, parafraseando el viejo refrán «dime de quién te diferencias y te diré quién eres». En el caso de Betanzos ha sido un elemento clave de su configuración identitaria su relación, tensión y diferenciación con respecto a la vecina ciudad de La Coruña. Los documentos medievales narran la historia de la rivalidad entre los puertos de Betanzos y La Coruña. La discusión sobre monopolios, alfolíes, privilegios... convierte en rivales ambas ciudades. La Coruña acaba consiguiendo en esta etapa algunas importantes ventajas, posteriormente el mayor tamaño de las embarcaciones y el problema del drenaje de la ría irán haciendo vencer cada vez más la importancia portuaria a favor de La Coruña.

En la historia que figura en la mente de no pocos betanceiros, queda la idea de que por aquel entonces ambas ciudades eran de parecida impor-

tancia y de hecho ambas fueron durante la Edad Moderna capitales de sendas provincias. Siendo mucho más extensa la provincia de Betanzos. La rivalidad Betanzos-Coruña vuelve a protagonizar un nuevo capítulo en el siglo XVIII. Capítulo perennizado en piedra en el importante edificio Archivo sito en El Campo. Obedece la existencia de este edificio a la decisión en tiempos de Felipe V de trasladar el Archivo del Reino de Galicia de La Coruña a Betanzos. Sin embargo una vez terminado, los coruñeses consiguen revocar la decisión anterior y que el Archivo permanezca en La Coruña. El frustrado proyecto del Archivo hace que el edificio se destine sucesivamente a múltiples finalidades todas ellas bien distintas del objetivo original. Es en la práctica para no pocos betanceiros, un paradigma de la frustración, del arrinconamiento de Betanzos frente a la creciente potencia coruñesa.

Es con todo el capítulo más claro y el momento más significativo para la narrativa histórica betanceira, aquel en que Betanzos como dijimos, queda convertido en un pueblo de la provincia de La Coruña. Los betanceiros distinguidos de aquella época, se defienden y nos legan auténticas piezas literarias, destacando las cualidades eximias de Betanzos y criticando agudamente los numerosos defectos de la insalubre Coruña metida dentro del mar. Sin embargo el siglo XIX supone el lanzamiento vertiginoso de La Coruña en su categoría de puerto moderno, ciudad liberal y capital destacada. Poco a poco Betanzos se acostumbra a tener un papel claramente secundario frente a La Coruña. A pesar de ello, no cesan las reivindicaciones por multitud de temas, sea el traslado del Regimiento de Betanzos o a fines de siglo, la problemática sobre la estación de ferrocarril. La formulación de estas protestas conlleva en los escritos de los betanceiros, una continua referencia hacia un más glorioso pasado en contraste con su «postración» presente.

Paulatinamente La Coruña va siendo vista como un ejemplo a imitar. Continuamente innovaciones y objetivos planteados por el Ayuntamiento Coruñés, son proyectados y en ocasiones llevados a la práctica en Betanzos. La mayor facilidad de comunicaciones y el hecho de que la población de La Coruña llegue a ser casi treinta veces la de Betanzos, hacen surgir a lo largo de nuestro siglo nuevos problemas. En última instancia parece que Betanzos podría llegar a ser convertida casi en un barrio periférico de La Coruña. Sin embargo este peligro no parece haberse consumado. Betanzos sigue tenien-

do un carácter identitario suficientemente claro y potente, parece sentirse claramente como una pequeña vieja ciudad.

Si el contraste con La Coruña es uno de los elementos definitorios de su identidad más contundentes, forman también parte de la misma, otros contrastes identitarios. Entre las villas cercanas quizá la más significativa en el contraste sea la de Sada. Desprovista de la historia y la antigüedad² de Betanzos, Sada es vista en cambio como llena de iniciativas de cara a conseguir una afluencia de veraneantes a su playa y un turismo de fin de semana desde la próxima Coruña. Su modernización y crecientes posibilidades son entendidas en el contraste como pertenecientes a un carácter de pequeña ciudad bien distinto del de Betanzos.

Por supuesto el otro elemento de contraste frontal para destacar la identidad betanceira, es su comparación y diferencia con las aldeas de su comarca de influencia y más en el límite con las pequeñas montañas «áridas montañas» del Este de la provincia de La Coruña. Es éste el que le permite situarse en un nivel jerárquico superior. Se distingue a los aldeanos –dirá un betanceiro– «por su manera de hablar, de vestir y de presumir». Es la clientela básica de su comercio, de sus bancos, salas de fiestas y diversiones³ y de sus diferentes oficinas de servicios. Un área de influencia rural de unos cincuenta mil habitantes, residentes de ordinario en diminutas aldeas, es la clientela que permite a Betanzos parecer hoy día una ciudad de mucha más población de la que realmente tiene. Los betanceiros se esfuerzan en distinguir claramente su característica de ciudad, su nivel de urbanitas, en contraste con el mundo aldeano, aunque se admita también a veces que parte importante de su población se diferencia de ella poco.

² Sada es actualmente Ciudad, pero su distinción de ciudadanía no reviste el peso multiseccular de la de Betanzos, sino que fue concedida por Franco, que veraneaba a pocos kilómetros de la villa y fondeaba su yate Azor en su puerto.

³ La procedencia de la clientela en los lugares de diversión, es más heterogéneo. Hay en el momento actual (1997) una notable afluencia de la zona rural circundante. Acude también a sus salas de fiesta o pubs, etc. un número destacado de gentes provenientes de villas o incluso ciudades cercanas. Sus bares y cafeterías tienen también una destacada afluencia de gentes de la ciudad de La Coruña o Ferrol, sobre todo los fines de semana.

¿Qué aglutina en el momento actual a las gente de Betanzos y las hace sentirse componentes de una misma identidad colectiva?. En primer lugar evidentemente hay un conjunto de intereses que aúnan –no siempre a todos los betanceiros– pero sí a grupos importantes que de una u otra forma se influyen entre sí. Evidentemente el mundo del comercio y de la hostelería constituye un numeroso capítulo de betanceiros que salen beneficiados por el hecho de que el pequeño espacio de Betanzos resulte atractivo para las gentes de la comarca rural y de las villas y ciudades cercanas. Algo semejante le ocurre a los servicios diversos tanto bancos como notarías, registros, etc. Las mejoras de urbanismo y de ambiente que se hagan en favor de estos sectores, pueden repercutir de una u otra forma en beneficio de muchos vecinos que por otra parte pueden ser familiares o amigos de los anteriores. El mundillo de la política betanceira necesita atender eminentemente a estos ámbitos de la población y tratar de aunar asimismo intereses y voluntades de otros sectores.

Pero el juego de intereses de diferentes grupos necesita como siempre ser canalizado a través de símbolos. No nos cansaremos en insistir en el papel extraordinario que la simbología juega en toda esta dinámica. Por una parte la historia juega un papel mítico-simbólico. Edificios destacados, viejas casonas, callejas, el antiguo urbanismo laberíntico, la gran explanada del Campo, las callejas, puentes, fuentes, etc. constituyen un denso entramado simbólico que vincula imaginativamente pasado y presente. Tiene su atractivo en gran medida simbólico, el vino, la tortilla, las diversas costumbres. Todo ello facilita e implica el papel de minorías de estudiosos e intelectuales. Se trata de llevar y fijar en textos, en periódicos locales, anuarios, programas de festejos... o de plasmar en museos, todo aquello que pueda ser visto como paradigmático de la identidad betanceira.

Pero además de todo ello la dinámica simbólica necesita dinamizar las gentes, hacer que sus cuerpos se muevan en el espacio y se concentren en encuentro masivo, llenar sitios y momentos de actividad y espectáculo. Pocos elementos tan eficaces y contundentes para todo ello como las fiestas. El panorama festivo de Betanzos y sus alrededores ha ido encarnando todos los principales aspectos de su fragmentación socio-espacial y jalonando el calendario anual. Es capaz de evocar la unidad betanceira de manera potente en las fiestas de San Roque, concentrando en torno al lanzamiento del globo 50.000 personas en el céntrico Campo de la Feria. O movilizar en la

gira a los Caneiros en caravana de embarcaciones, varios miles de personas. Pero al mismo tiempo, sabe subrayar la fragmentación interna en sus fiestas de barrios. Una misma persona puede competir para conseguir que las fiestas centrales de Betanzos sean las mejores de la comarca y al mismo tiempo intentar que las fiestas de su barrio sean mejores que las de Betanzos. Los niveles de participación en la fiesta desde su organización a la simple asistencia o el viaje para ir a ella, marcan niveles flexibles de pertenencia, cambiantes a lo largo de los años.

Nuestro breve recorrido ha marcado una progresión teórica en nuestro análisis de posibles elementos identitarios. Los primeros pasos se han referido a los elementos aparentemente más sólidos y duraderos. Hemos tratado de mostrar cómo son más efímeros y cambiantes de lo que parecen. Su realidad cultural identitaria consiste más bien en el continuado empeño de volver a construir, restaurar y volver a dotar de vida; no pocas veces con funciones y significados cambiantes. Hemos caminado después hacia costumbres y normas morales, juegos de relaciones sociales, intereses y elementos simbólicos. Su carácter aparentemente evanescente manifiesta sin embargo la recurrencia y la constancia de marcos estructurales. De alguna manera lo uno y lo otro parece tener vida con unas características ontológicas semejantes al mundo de la fiesta. La realidad de la fiesta consiste en el volver a ser, en la impresión de repetir, en la sensación de volver a revivir. Todo en la fiesta es relativamente nuevo, cada una de sus puestas en escena está dotada de nuevos significantes. Este empeño de esforzarse en hacer lo mismo, siendo distintos; de dejarse convencer de que las cosas permanecen, cuando uno se esfuerza en que vuelvan a ser; es clave fundamental de toda conciencia identitaria. Cada nueva generación aprende a conservar, restaurar, recrear, cada una en nuevos contextos y desde la pluralidad de intenciones de diferentes grupos y personas. Pero en definitiva el poder evocativo de los símbolos es capaz de aunar diferencias y contradicciones. Para un buen betanceiro edificios y calles, barrios y plazas, zonas limítrofes y espacios centrales, costumbres y hábitos, las imágenes expresivas de relaciones y jerarquías y la dinámica materializada en las fiestas, son capaces de producir la magia expresiva de la perpetuación de una colectividad. A pesar de la fugacidad de los momentos, de la pluralidad de grupos sociales y espacios, de la inconsistencia de las construcciones materiales y de la propia fugacidad de la vida humana, un buen betanceiro

—y no pocos lo son— siente que muchas personas han vivido, viven y vivirán en *Betanzos*.

REFERENCIAS

FABIAN, J.: *Time and the other. How anthropology makes its object*. Columbia University Press. New York, 1983.

FERNANDEZ DE ROTA MONTER, J.A.: *Espacio y vida en la ciudad gallega*. Publicaciones de la Universidad de La Coruña. 1992.

GELLNER, E.: *Culture, Identity, and Politics*. Cambridge University Press. Cambridge, 1987.

LYNCH, O.M.: *Urban Anthropology, Postmodernist Cities, and Perspectives*. en *City & Society. Annual Review*. Arlington, 1994.

SINGER, M.: *Semiotics of Cities, Selves, and Cultures. Explorations in Semiotic Anthropology*. Mouton de Gruyter. Berlin 1991.

TONKIN, E.; McDONALD, M.; CHAPMAN, M.: *History and Ethnicity*. ASA monographs n° 27. Routledge. London, 1989.

ZENNER, W.P.: *Nominalism and Essentialism in Urban Anthropology*. En *City & Society. Annual Review*. Arlington, 1994.